

Airun Garkey

Diario del paraíso

Límites

Airun Garkey

Título Original: *Diario del Paraíso: Límites.*

©2013, Airun Garky

Todos los derechos reservados.

<http://www.airungarky.com>

Ilustración de cubierta: Marien Guerrero

Primera edición: Octubre de 2013

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal)

Huyamos de este mundo cruel y vivamos

nuestra propia fantasía...

Silencio

Cuando las penas corren el riesgo de alegrarse.

Cuando el madrugar se convierte en descansar.

Cuando la noche ilumina nuestro más pesar.

Cuando el día oscurece nuestra claridad.

Cuando pensar en no pensar nunca más.

Cuando sabía es la respuesta a ninguna pregunta.

Cuando al revés van las cosas con perfección.

Cuando las palabras son protagonistas del silencio.

Cuanto tu propia muerte se convierte en vida.

PRÓLOGO

Vicente

Como cada día, compruebo que mi familia esté bien.

Mi hijo está en Londres, mi hija está a punto de sacarse el graduado escolar, aunque repitiendo curso... Y mi mujer acaba de perder su trabajo... Hago un par de llamadas a empresas con las que tenemos acuerdos, por si ella decidiese dejar un currículum, ellos lo acepten y la contraten. No puedo hacer más...

-Vicente, llegas tarde.

Le indico con un movimiento de mano que ya voy, y mi asistente sale de mi despacho.

Termino de repasar las noticias de hoy leyendo rápidamente el periódico. Es sábado 22 de junio, pero aquí siempre hace frío... Miro por la ventana mientras me levanto y observo la nieve, tan pura. Quien diría que puede llegar a ser tan letal...

Salgo al pasillo y me cruzo con algunos compañeros de trabajo, los cuales me saludan con un movimiento de cabeza o un débil susurro.

Ser el jefe no siempre es bueno, y menos en esta empresa. Tengo que obligarles a temerme, a obedecerme aunque les dé una orden de lo más ridícula. No necesito consejeros, yo he sido el cerebro de la empresa durante muchos años, y aunque estuve un tiempo fuera... Ahora parece que todo sigue igual. Con la excepción de que ahora ya no controlo nada...

Entro en la sala de reuniones, en la cual, varios hombres y mujeres esperan, y al verme entrar, abren sus portátiles.

-Buenos días.

Termino de llegar a mi asiento, presidiendo la mesa.

Abro mi portátil y enciendo el proyector. Me siento tranquilamente, dejando que las imágenes pasen libremente por encima mía hasta ocupar la pantalla que está detrás de mí.

-Hoy vamos a continuar con los posibles errores del dispositivo. Aquí tenéis un esquema de las posibles causas de cada fallo. Agradecería que comentasen cualquier idea por si se me ha escapado algo, aunque lo dudo...

Como es habitual, nadie dice nada. He hecho un trabajo impecable. Crear una nueva arma, con un porcentaje de error mínimo, el cual podría ser provocado única y exclusivamente por culpa del humano que tiene que manejarlo.

Pasan las horas, y cuando acabamos de discutir posibles cambios para evitar errores humanos, decidimos hacer una pausa para comer.

Es entonces cuando mi asistente irrumpe en la sala, notablemente nervioso.

-¿Qué sucede, Tom? -le pregunto sin darle mucha importancia.

Odio que me interrumpen en el trabajo, el joven lo sabe y aun así siempre que sucede algo, hasta algo de la más diminuta importancia, aparece corriendo y dando la sensación de que se acerca el fin del mundo.

-Es su hija, señor. La Organización la ha reclamado.

Le miro durante un instante, mientras los demás se quedan en silencio. Obviamente, el único que tiene constancia de la existencia de mi familia es mi asistente.

-Gracias, Tom. Lo dicho, nos vemos en una hora para continuar discutiendo sobre el asunto.

Salgo con calma de la sala y comienzo a caminar de vuelta a mi despacho. Nada más entrar, con mi asistente pisándome los talones, cierro la puerta.

Me giro con fiereza y empujo al joven contra la pared, aplastando su

cara con mis manos.

-¿Cuántas veces he de decirte que no menciones a mi familia en público?

-Pero señor, don Armando ha decidido reclutarla...

-¡Cállate, Tom! -vuelvo a hacer presión sobre su cabeza, provocando que el joven suelte un grito de dolor.

Le suelto y camino hacia la ventana. Mi hija es como la nieve, tan pura, que nadie imaginaría de lo que es capaz de hacer.

-Fuera de aquí.

El joven sale corriendo del despacho, mientras yo me giro para coger el teléfono. Marco el número de la sede de Madrid, y al segundo tono, una voz de mujer interrumpe el silencio.

-Sede de Madrid, ¿en qué puedo ayudarle?

-Soy Vicente, dígame a Armando que se ponga, ¡ya!

La mujer, sin mediar palabra, me deja en espera. Apenas treinta segundos después, responde el mayor hijo de puta del mundo.

-Amigo, veo que las noticias vuelan.

-Te dije que hasta que no cumpliese los dieciocho años...

-Palabrerías. Tú no mandas, y lo sabes. Soy yo quien tiene el control ahora, y pensé que tu niña podría sacarle más provecho al verano aquí con nosotros que estudiando para sacarse ese graduado escolar...

-Te exijo que me dejes hablar con ella, Armando.

-Ni hablar. Por cortesía, le contaré tu verdadera identidad, pero jamás te dejaré acercarte a ella. Me has quitado muchas cosas, Vicente, no me la vas a quitar a ella.

-¡Es mi hija, cabrón! -doy un puñetazo en el escritorio.

-Y mi futuro. Como intentes sacarla de aquí o ponerte en contacto con ella, primero mataré a tu querida mujercita, después al soso de tu hijo y por

último haré que tu hija te odie tanto que su único objetivo sea acabar con tu vida, bastardo.

-Habrás ganado una batalla, pero esta guerra aún no ha terminado...

Cuelgo con fuerza. Suspiro varias veces, vuelvo a coger el teléfono.

-Tom, ¿y mi comida? ¡Incompetente!

Sin esperar respuesta, vuelvo a colgar. Me siento en el sillón, me giro y vuelvo a mirar a través de la ventana.

Pensé que tendría un año más para salir de aquí y evitar que mi hija sufriese todo lo que está a punto de sufrir...

La nieve no solamente es pura y letal. La nieve es paciente. Forma enormes bloques de hielo en aquellos lugares en los que puede reposar tranquilamente. Bloques que se deshacen lentamente, que navegan por el mar y llegan a los lugares más recónditos.

La nieve no encuentra límites.

Esperaré pacientemente, elaborando un plan maestro, y entonces, atravesaré cada límite.

Viernes 21 de Junio de 2013

SAMANTHA

Me levanto sobresaltada con el maldito sonido del despertador. Siempre se me olvida cambiar la alarma.

Tal vez una música más melódica ayudaría a despertarme de mejor humor.

Descalza y caminando como si fuese una muerta viviente, enciendo el ordenador de mesa. Este cacharro viejo tiene tantos años que no sé ni cómo puede seguir funcionando.

Mientras la torre del ordenador comienza a sonar como si fuese a explotar, me cepillo el cabello y lo recojo en una coleta.

Miro la pantalla, todavía está cargando.

-¡Vaya mierda de todo!

Me quito el camisón y lo lanzo con fuerza en la cama.

-¿A buenas horas y gritando? –escucho a mi madre decir desde el baño, a escasos metros de mi cuarto.

-Lo que me faltaba ahora tener que aguantar los gritos de mi madre...

-Querida, por muy bajo que susurres, te sigo escuchando.

-¡Eso será por tus poderes de bruja! ¿No crees? –suelto una risotada mientras termino de ponerme el chándal.

-Ten cuidado hija mía, no vaya a ser que al concentrarte tanto en clase vayas a mover la pizarra mentalmente. Al fin y al cabo, llevas mi sangre.

Termino de acercarme a la puerta del aseo. Veo la espalda de mi madre y el reflejo de su rostro en el espejo, con una amplia sonrisa mientras termina de aplicarse la base del maquillaje.

Sonrío y pongo los ojos en blanco, mientras que deslizo mi mano por

debajo de su brazo para coger mi cepillo de dientes.

-Vaya, vaya. Al menos has aprendido algo en esta vida.

-Mamá...

-Vale, tienes razón. ¡Demasiado temprano para bromas de mal gusto!

-Se gira y agarra mis mejillas, como cuando era niña- Si ya sé yo que eres muy lista -me suelta y se encamina hacia la puerta, pero antes de salir me da un suave puñetazo en el brazo derecho-, ¡pero para lo que quieres!

-Menos mal que tenía razón...

Escucho a mi madre reír mientras se encamina a la cocina, dejándome sola en el aseo, mientras me lavo los dientes.

Al acabar, recuerdo que había encendido el ordenador para mirar el correo.

Más vale que mi hermano Kevin no tarde en ponerse en contacto conmigo...

Me quedo unos segundos mirando a través de la puerta entreabierta de su habitación, intacta desde que decidió irse de casa. Parece que todavía sigue aquí, que en cualquier momento va a darme una colleja y a preguntarme cuándo narices voy a dejar de crecer porque, a este ritmo me convertiré en la mujercita más alta del mundo mundial...

Dejo atrás su cuarto, abro el correo y mientras veo que no tengo ningún e-mail suyo, suelto un gran bufido.

Este chico...

Abro el Facebook y sin pensármelo dos veces, escribo un estado en el cual etiqueto a mi hermano, diciéndole que cuando quiera me dé señales de que sigue vivo, no vaya a ser que me aburra y comience los detalles de su funeral. Publico el estado y me quedo de nuevo unos segundos embobada, mirando la pantalla del ordenador.

-¡Vas a llegar tarde!

Mi madre me despierta de mi ensoñación, apago el ordenador, cojo la mochila y salgo dando grandes zancadas de mi cuarto. Mi madre me dice adiós con un movimiento de mano y una sonrisa mientras friega los platos.

¡Joder! No he desayunado.

Da igual, seguro que será otro día de mierda en el que me muera de aburrimiento. Espero que Jon tenga algo divertido que contarme o que Carmen, mi prima, se haya echado novio nuevo y así al menos pueda dejar de pensar por unos minutos...

Es un día bastante soleado. El cielo está despejado, cubierto de un azul muy claro. Y el sol, radiante, me da con sus rayos ardientes en el rostro. Me ciega y por eso no puedo ver al balón venir hacia mí...

-¡Sam! Cuida... - el balón me da de pleno en el lado derecho del rostro-. Oh dios... ¿Sam, estás bien?

-Serás cabrón... Podrías haberme avisado un poquito antes...

-Pero si estaba atándome los cordones... -mi amigo se agacha para verme bien.

-Ya, ya, vale... -veo al profesor venir corriendo hacia nosotros.

-Samantha, ¿estás bien? -me pone la mano en la cara.

-Sí profe, sí... Sólo tengo que sentarme un momento y listo...-me levanto con torpeza.

-Hey, Sammy, te va a salir un buen chichón.

-Sí Lucas, cuac, cuac... -Lucas pone los ojos en blanco y vuelve a interesarse por el juego.

-Bah, no le hagas caso a ese imbécil...

-Jon, llevo muchos años pasando de él, le haces tú más caso que yo...

-Es mi hermano, ¡cómo para no hacerle caso! -abre los brazos de lado a lado.

-No me lo recuerdes, que bastante tengo ya con el mío...

-Ya estás otra vez...

-Qué quieres que le haga, el muy... Se va de casa dejando una nota y vaciando la hucha, no tenemos ya poco dinero como para que se lleve el de la hipoteca del mes... Y ahora es a mí a la que le toca aguantar a mi madre y currar horas extra, cómo si no tuviese ya bastante trabajo...

-Te he dicho que mis padres os dejan algo...

-Y yo te he dicho que no hace falta -me siento en las gradas, Jon a mi izquierda.

-Tienes mala cara – le miro mal como respuesta-, ¡no me mires así!

-Es mi mala cara -le guiño un ojo-. Y bien, después tenemos castellano, ¡dabuti!

-Sí, pipa... -imita mi tono sarcástico mientras suena el timbre, nuestro peculiar timbre, un fragmento de la canción “Balada para Elisa”, de Bethoveen.

-Después no, ¡ahora! -nos levantamos con lentitud, recogemos nuestras mochilas y nos dirigimos al interior del instituto.

-Bueno Sammy, sólo nos quedan dos días.

-No me llames Sammy -suspiro-, y ves, eso sí puedes recordármelo. Después, a vivir del veranito...

-Encerrada en casa para poder recuperar en septiembre para pasar a primero de bachiller.

-Mira quién fue a hablar, Einstein.

-Ya, pero yo me voy directo a selectividad guapa, y he aprobado todas.

-No cantes victoria, y ya ves tú, selectividad futbolística... Cómo si eso te fuese a arreglar la vida...

-Mira quién fue a hablar, Ronaldinha...

-Ja, ja, ja, me río, me parto y me mondo. Yo me basto y me sobro con el gimnasio.

-Al que no vas desde hace un mes...

-Estudiar es lo primordial...

-Jajaja, sí, ¿no? ¿Dónde? Ah sí, encerrada en casa enganchada al Facebook y al Twitter -le miro de reojo mientras terminamos de subir las escaleras del segundo piso-. Espera, y el Tumblr, el WhoSay, el...

-¡Carmen! ¿Qué pasa tía? -mi salvación al pesado de Jonathan.

-Pues nada aquí andamos, que me toca Laboratorio de química...

-Jajaja espero que no esté ya la pizarra llena...

-¡Recemos!-me encuentro con la mirada de Jon mientras veo cómo se aleja la rubia melena de Carmen, mi prima.

-Venga, vale, estoy un poco enganchada, pero sólo me quedarán dos como mucho...

-No cantes victoria...

-¡Deja ya de repetir todo lo que digo! -me da un abrazo fraternal mientras entramos en clase.

Pedro, el profesor, ya está mirándonos con cara de pocos amigos.

Me siento en mi lugar, la última mesa atrás del todo en la esquina izquierda, si estás mirando a la pizarra.

Jonathan, en primera fila detrás de la columna a la derecha del todo, con Felipe a su izquierda.

La clase transcurre con normalidad, al ser el último día que tenemos clase lo único que hacemos es charlar y gastar bromas de lo que ha pasado durante todo el curso.

Recordamos los momentos graciosos, como las charlas de sexualidad y los juegos que hacíamos, o los ejercicios de Educación Física, cuando nos salían mal y hacíamos el ridículo. También yo me acuerdo de los momentos

cruciales, un examen de importancia, una clase en la que el profesor nos ha enseñado algo sobre la vida y no sobre lo que pone el libro.

Y cómo no, los momentos con los amigos y amigas.

Empecé bien el instituto, rodeada de un grupo fantástico de personas que me querían, o eso pensaba, hasta que pasó lo que pasó y nos separamos. Entonces cada uno tomó su camino...

Yo me quedé con Jonathan, un amigo de la infancia que se puso de mi lado. Pero los demás, se dejaron llevar, se utilizaron unos a otros, y en vez de pensar en lo que de verdad les ayudaba, pensaron en lo que los demás dirían que les ayudaba, la popularidad es tan asquerosa... ¿Para qué querer tener detrás a los niños y niñas de primer curso? ¿Qué importancia tiene ser la mejor vestida? ¿O el más fuerte? Los de primero no hacen más que molestar, que aprendan ellos solos y de un buen ejemplo, no de gente que se viste y se pinta igual porque piensan que así están todos más guapos.

Yo estoy bien como estoy, tengo a Jon, tengo a mi madre, y a mi hermano espero seguir teniéndolo. Pero el pobre no está pasando por una buena situación... Una relación de cinco años con la misma chica, Claudia, y ahora va ella y le deja. Desaparece, sólo le dice que no le quiere y que ha desperdiciado estos años con él y que se va porque quiere recuperar el tiempo perdido...

Y a eso hay que añadir la desaparición de nuestro padre, yo no tenía mucha relación con él porque nos abandonó cuando yo apenas tenía cinco años, pero mi hermano tenía 12 años y tenía más vida hecha con él.

Mi madre, que no para de trabajar, por la mañana se tira fuera de casa desde las siete de la madrugada para limpiar las habitaciones de los hoteles, luego vuelve a las tres del mediodía, se ducha, descansa una media hora escasa y se va de camarera al restaurante del mismo hotel. Llega a las diez de la noche, hora en la que mi hermano está trabajando en la discoteca de

portero. Quiero decir, estaba...

Es decir, que mi hermano apenas tuvo el apoyo de mamá para consolarse... No tenemos. Porque yo entro a las cinco de la tarde a trabajar de dependiente en una tienda de ropa, y salgo a las nueve de la noche.

Después es llegar a casa, cenar, asearme y encerrarme en la habitación a hacer deberes, o si no, con el ordenador e internet. Apenas unos segundos de conversación familiar.

Vaya vida que tengo, y encima va Kevin y se va de casa. Nos abandona como su novia lo abandonó a él. Desaparece, nos deja una nota y se lleva el dinero ahorrado para la hipoteca, dejándonos sin su sueldo del mes... A saber lo que se le habrá pasado por la cabeza, espero que no haga ninguna locura mayor por ahí...

Jonathan viene a buscarme después de que toque la sirena de nuevo, ahora nos toca Tecnología, en el otro edificio que hay cruzando el patio. Hoy nos toca clase en los talleres.

-Has estado toda la clase callada, voy a pedir que te den más balonazos...

-Oh sí claro, es que los balonazos despiertan mis neuronas con lo que es más fácil que me tire toda una clase pensando en mis problemas que en lo que decís todos sobre todos...

-Vale, definitivamente hoy tienes un mal día...

-Y lo que queda...

-Pues unas diez horas aproximadamente -me dedica su mejor sonrisa.

Llegamos en silencio al taller. Pasamos toda la clase jugando a los juegos que ha traído la profesora.

Jon mientras me cuenta que Lucas, su hermano, el cual está en segundo de bachillerato, ha comenzado a salir con una chica de tercero, pero que no sabe su nombre, sólo le vio la cara. Yo le digo que me da igual, pero

como nunca funciona, él sigue hablándome del tema. Ya tengo suficiente con haber coincidido con Lucas una hora por semana en Educación Física. Maldigo cada día que tanto a su clase como a la mía nos ha tocado compartir el mismo espacio.

Termina la clase y nos dirigimos a casa, por fin.

Yo vivo en el barrio de Moratalaz mientras que Jon vive en Parla, en las afueras de Madrid. Por lo que cada uno tiene que coger su respectivo autobús. Aquí es cuando nos separamos y yo me siento un poco vacía. Jonathan se ha convertido en un pilar esencial en mi vida, sin él no hago nada, porque todo se lo comento, le pido consejo, etcétera.

La gente piensa que somos novios, pero aunque yo sí le quiero cómo algo más, yo sé que para él soy como una hermana, no me lo ha dicho pero yo pienso que si quisiera algo más que amistad conmigo ya me lo habría hecho notar... Y yo paso de sacrificar nuestra amistad lanzándome a por él como una loba.

Me siento más o menos a la mitad del bus, y por mi lado pasa Patricia, mi antigua mejor amiga, aquella que se dejó llevar, que prefirió tener antes muchos amigos falsos que una de verdad. Me mira con cara de asco y yo prefiero mirar por la ventana.

A mí ella no me da asco, únicamente mucha pena por su vida malgastada, nada más.

Me dejo llevar por el par de calles que hay desde la parada hasta mi casa, absorta en mis pensamientos.

Aun así, respondo al saludo del par de vecinos con los que me cruzo y tengo cuidado de no pisar ningún excremento de perro... ¿Excremento? Sí, definitivamente hoy no tengo un buen día...

Ya en casa, tiro la mochila en el sofá, enciendo la televisión pero sin fijarme en qué canal está puesta y meto los macarrones en el microondas.

Saco la bebida de la nevera y me descalzo. Tenemos moqueta en toda la casa, y me gusta andar sin zapatos por ella. Adoro esa sensación de libertad.

Termino de comer mientras escucho las noticias y antes de entrar en mi habitación, me quedo mirando la de mi hermano otra vez. Todo ordenado, solamente falta ropa y algún objeto de valor, el resto, está todo intacto. Intacto.

¿Cómo puede quedar algo tan intacto y que en cambio otras cosas se destrocen tanto?

-Volverá...- me intento convencer a mí misma.

Suspiro y entro en mi habitación.

Enciendo el ordenador y mientras me quito la coleta, dejando suelta mi melena voy escuchando la posible explosión inminente de la torre.

Cuando el ordenador decide cargarse, porque a estas alturas estoy convencida de que tiene vida propia y su objetivo vital es el de estresarme y hacerme la vida aún más agobiante funcionando mal, apagándose solo y quedándose bloqueado... Pero ahora parece que una vez que se ha encendido, no me va a dar por saco.

Abro el correo y veo que tengo dos emails. Levanto la mano del ratón por unos segundos.

Ahora que ha llegado el momento, no sé si estoy segura de saber el contenido de uno de esos mensajes...

Decido que mientras me mentalizo voy a preparar el aseo para darme una buena ducha.

Vuelvo a mi cuarto, cojo fuerzas y decido abrir primero el e-mail que me ha enviado mi hermano. Ya miraré después el de la publicidad... Esos emails pueden resultar molestos pero nunca se sabe las ofertas que esconden.

Una vez abierto el email, leo con atención: "Estoy en Londres, estoy bien. Tengo trabajo por lo que os seguiré pasando mi parte mensual. Quiero

aislarme un tiempo así que os pido que no intentéis contactar conmigo si no hay una razón explícita para ello. Dile a mamá que se tranquilice, que ella no tiene la culpa de nada, ni tú tampoco, Sam. Sólo quiero empezar de nuevo en un lugar en el que nadie me conozca. Cuando crea conveniente os enviaré mi dirección de casa y un número de teléfono, si yo necesitare algo o vosotras quisierais algo házmelo saber, miraré todos los días el correo. Os quiero, Kevin.”

Me quedo mirando la pantalla unos instantes, y bajo la mirada al teclado.

¿Le respondo? No, porque sé que terminaría despotricando.

Y está pasando una mala racha, sólo eso. Se ha puesto en contacto con nosotras, y tiene razones suficientes para querer empezar de cero. No le puedo reprochar nada.

Tiene 24 años, ya es mayorcito, sabe lo que hace, y si comete errores, más le vale aprender de ellos...

La ducha termina de relajar mi mente. Pero la cara me arde debido al pelotazo de hace unas horas. Salgo y miro que son ya las cuatro y cuarto, tengo quince minutos para terminar de prepararme y coger el bus para ir al centro y llegar a la hora al trabajo. Saco unos segundos para mirarme al espejo, no vaya a ser que tenga toda la cara morada del golpe y yo sin saberlo... Tengo el ojo algo morado, pero no me queda muy mal. Será como una herida de guerra. Causaré intriga y me harán preguntas. Así se hará la tarde menos aburrida.

Me visto lo más rápido que puedo, vacío la mochila y meto una camisa de cambio por si me ensucio la que llevo en el trabajo, el monedero y más cosillas.

Por fin es viernes, y se nota porque hay jóvenes que van a coger el mismo bus o metro para pasar la tarde, y seguramente la noche, por los

lugares céntricos de la capital.

El lunes sabré si tengo el graduado o si tengo que tirarme todo el verano estudiando sin poder ir a la playa, encerrada en el piso a escasos metros de la diversión. Uff, eso sí sería un castigo.

Todo el mundo me mira de reojo. Se interesan por mi camiseta, la cual lleva el logotipo de la tienda. Y es que no es normal que una chica que va a tú instituto también trabaje. Es más común pensar que todos los jóvenes vivimos de nuestros padres mientras estudiamos, o hacemos que vamos al instituto para eso...

Jajaja, espero que haberme puesto las pilas el último trimestre haya merecido la pena, porque si no ya puedo tener la persiana bien bajada...

Jonathan ahora estará en casita jugando a la play o cotilleando en el Facebook. Eso sí es vida... Ya me gustaría a mí poder estar despreocupada por un día... Pero a unos les toca una vida y a otros nos toca... Algo parecido a una vida pero con más problemas, los cuales no parece que acaben nunca. Bueno, como dice mi madre: "Más vale tarde que nunca". Eso espero, por muy tarde que sea, que la buena vida llegue algún maldito día.

Ana, mi compañera de trabajo ya está subiendo el cierre cuando llego.

-Vaya moratón que me traes en el ojo querida, ¿pero qué te ha pasado? No te habrá pegado alguien porque como me entere de quién ha sido le meto una hostia que...

-No, no, tranquila tía... Me han dado un puto balonazo está mañana en clase. Me quedé embobada pensando en mi hermano...

-¿Todavía no se sabe nada de él? -abre la puerta y nos dirigimos al almacén, donde guardamos nuestras cosas.

-Sí, me ha enviado un email esta mañana, se lo he escrito a mi madre por si llega antes que lo lea y se sienta un poco más tranquila...

-Pobre mujer, tiene que estar fatal...

-Bueno, ambas sabemos que si lo hizo tenía una buena excusa y la estábamos esperando, ahora la tenemos así que... Viviremos en paz -con mi mano derecha hago el gesto hippie de la paz.

-Jajaja, y bueno tía, ¿cuál es esa fantástica excusa?

-Uff, pues lo típico, ha decidido recorrer mundo, ligarse a muchas mujeres y ser multimillonario...

-Jajajajajaja vaya -se pone roja de la risa

-La verdad, jajaja, quería empezar de cero en un lugar que no le conociese nadie. Se ha pirado para Londres y dice que tiene curro y tal... Por lo que quiere que no nos preocupemos por él...

-Al menos ha dicho algo...

-No como mi padre -bufo.

-Exacto... Oye tía, pásame la llave de los probadores...

La tarde pasó como todas.

Gente que entra y sale sin comprar.

Esta estúpida crisis que no se salva nadie. Sólo algún turista que se gasta un poco de dinero en una chaqueta para complacer a su esposa, o para alguna españolita guapa, y listo... Llevamos de rebajas desde diciembre, estamos batiendo un récord, fijo...

Ana me ve bastante cansada, y la verdad es que anoche dormí muy poco y llevo una semana agotadora con la cosa de no saber dónde estaba mi hermano, y al estar la tienda un poco muerta me ordena que me vaya a casa una hora antes.

Es lo que tiene Ana, no pregunta, ordena.

Vuelvo a coger el autobús para volver a casa.

De camino a la parada del bus, al lado de la estación Sevilla de metro, me cruzo con Lucas y su supuesta novia. Lo que no me pase a mí...

-Sammy, escapándote del trabajo eh, todavía no son las nueve.

-Anda, mira cómo sabes la hora en la que termino de currar...

-Cómo para no saberlo, mi brother se tira todo el día esperando a que sea esa hora para verte conectada y hablar contigo. Uff, niñatos...

-Pues más cría es tu novia....

-Cállate puta...

-Ahí va, se me olvidó que te van las incultas y las que gastan más dinero en maquillaje que en ropa, pero si en total lleva dos trapos, uno arriba y otro abajo...

-Sammy, Sammy, que te me vas por las nubes... Siempre tan charlatana...

Se dan la vuelta y siguen andando.

Mejor, estoy harta de él.

Sólo con oler su colonia me entran nauseas, que asco.

Casi me duermo en el bus, por lo que nada más entrar en casa enciendo el ordenador sin hacer nada más.

Miro a ver si Jonathan está conectado pero no está, y eso es raro porque a las ocho pasadas ya suele estar en casa, se cansa de andar dando vueltas toda la tarde por el pueblo.

Me tumbo en la cama y me quedo frita en un santiamén.

Un golpe fuerte y sonoro me despierta con un gran susto.

Me levanto corriendo y salgo al comedor.

Mi madre, medio llorando está tirando el bolso en el sofá.

-Mamá, ¿qué ha pasado?

-Oh Samantha... ¡Pues lo único que nos faltaba! Me han despedido, los muy cerdos han reducido la plantilla y ¡me han despedido! Con un “ha sido un placer haberla conocido, daremos buenas referencias sobre usted, adiós”.

-Bueno... Yo ya el lunes termino el instituto, me dan las notas y puedo

ponerme a trabajar a jornada completa... Ah, y tenemos el dinero que nos pasará Kevin a final de mes, como siempre...

-¿Kevin? Dónde... ¿Ha vuelto?

-No, me ha enviado un email...-le cuento todo lo que mi hermano me ha escrito-. Por lo que la hipoteca podemos pagarla, son unos 700 euros... Él nos pasa 300, más mis otros 400 euros...

-¿Y de qué comemos, del aire?

-Mamá pues... ¿no te han dado el dinero de lo que has trabajado este mes? Son casi dos semanas... Aunque sea la mitad del sueldo digo yo que...

-Pero Samantha, si están casi en la ruina, cuánto menos dinero paguen mejor para ellos... Mañana a primera hora me pongo a buscar trabajo... Aunque sea de limpiadora de portales, cuidando ancianos, lo que sea, aunque no me hagan contrato. Cualquier ingreso será bienvenido.

Le doy un abrazo y se levanta para darse una ducha.

Son las diez y cuarto de la noche, por lo que me dirijo a la cocina para hacer la cena.

Ceno un simple sándwich y le dejo a mi madre una ensalada mixta hecha para cuando termine de asearse.

Después sigo mi rutina diaria, o más bien nocturna, y me voy al ordenador para poner al día internet.

Pongo el chat de Facebook en conectado y miro las notificaciones. Nadie ha comentado mi último estado, ningún *me gusta* nuevo. Poco después, Jonathan se conecta.

Le cuento lo de mi hermano y lo de mi madre.

Está muy preocupado, dice que poco a poco nos estamos perdiendo, que estamos cayendo.

Claro, como sus padres siguen juntos y su hermano no da problemas, ya piensa que lo mío, lo de mi familia, es el fin del mundo...

Me gusta que se preocupe tanto por mí, pero a veces resulta un poco pesado hablar siempre de lo mismo.

Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza y me gustaría aunque fuese por unos minutos, pensar en otras cosas y hacer como si todo fuese bonito.

La verdad, es que se está preocupando demasiado... Ya le habrá pasado algo y para no contármelo intenta que hablemos solamente de mí. Bueno, sí es lo que quiere adelante, tampoco voy a insistir, que le conozco. Me lo contará cuando se sienta preparado para ello.

Antes de irnos a dormir quedamos para el sábado por la tarde, a las cinco exactamente, porque Jonathan tiene partido de fútbol. No sé contra quién juega, no estoy muy puesta en fútbol, voy porque a él le gusta verme allí, es un buen delantero y es aún mejor si se siente arropado desde las gradas.

Así que allí estaré, como todos los fines de semana.

Sus compañeros ya me conocen de sobra, porque cuando juegan fuera voy con todos en el autobús, desde hace varios meses. Soy como uno más, con la excepción de que yo no juego a fútbol, y no jugaré nunca, bastante tengo ya con los balonazos en clase como para que encima me den más...

Ya en la cama esperando a que el sueño me abrace, no puedo parar de pensar en que algo va mal.

Dentro de mí, tengo la sensación de que algo peor me va a ocurrir.

No creo que me despidan del trabajo, hicieron reducción de plantilla hará cosa de dos meses y según tengo entendido no estamos en ruina, y Ana sabe nuestra situación y no creo que me despidiese...

Las notas...

Bueno, como mucho, mucho, me pueden caer cuatro, pero Educación Física me la tienen que aprobar, aunque sea con un cinco, puesto que siempre he llevado justificante médico, aunque fuese falso, pero es lo que tiene tener

una tía pediatra, que te hace esos favores.

Matemáticas, fijo que me cae, porque he suspendido la mayoría de los exámenes.

Lengua y Literatura, el segundo trimestre lo recuperé, por lo tanto tengo los dos aprobados, y el tercero, la nota media me da un cuatro con cinco, redondeando es un cinco...

Y por último Inglés, este último trimestre ha sido fatídico, todo suspendido, pero los dos primeros los tengo aprobados, así que por narices la nota media me da aprobada y... Dios, me estoy rayando diciendo cada dos por tres las mismas palabras...

Pero mira, me está entrando un sueño terrible...

Me da que si me tiene que pasar algo malo, cuando pase, me daré cuenta, mientras tanto, a dormir la vida, digo a vivir lo dormido, digo...

Buenas noches...

Sábado 22 de Junio de 2013

Cuando me desperté mi madre ya no estaba en casa, lo más seguro es que no haya podido dormir y se haya ido muy temprano a buscar empleo. Pues no sé yo si encontrará algo, parece una maldición, todo el que pierde su trabajo no vuelve a encontrar ninguno, pero qué otra cosa tendría que pasar si con esta crisis los únicos movimientos que hacen las empresas son de reducción de plantilla o de cierre total.

Desayuno con tranquilidad mientras veo el Encantador de perros. No tengo mascotas, y tampoco puedo tenerlas, porque vaya depresión tendría, con diez minutos de compañía por mi parte y ninguna por parte de mi madre. Bueno, ahora sí que mi madre podría estar con el animal...

Uff, yo y mis paranoias, por tal de no pensar directamente en los problemas me voy por las ramas.

Suena el teléfono, y eso consigue que despierte de mi ensimismamiento.

-¿Diga?

-Ah, Samantha, soy yo la tita.

-Hey Pepa, ¿qué tal todo?

-Bien, bien, todo perfecto por aquí. Quería saber cómo está tu madre, anoche me llamó y me dijo lo del despido y que tu hermano había dado señales de vida y bueno, quería saber qué tal se ha levantado.

-Uff, ni siquiera creo que haya dormido. Yo me quedé frita enseguida y cuando me he despertado ya no estaba en casa. Supongo que se habrá ido a buscar trabajo y a tomar un poco el aire.

-Bueno, cuando vuelva pregúntala si queréis venir mañana a comer a casa, Carmen tiene muchas ganas de pasar el día contigo.

-Sí, que con los exámenes finales llevamos dos semanas sin quedar. Dila que yo iré encantada, y que arrastraré a mi madre, que siempre viene bien pasar un día con la familia.

-Perfecto, entonces mañana os esperamos, venir cuando queráis ¿vale?

-De acuerdo tita, a las seis de la mañana ya estaremos tocando el timbre.

-Jajaja, le diré a Tomás que lo desenchufe por si acaso...

-Venga, nos vemos mañana, ah, y dile a Carmen que se prepare que tengo cosas que contarla, ya que no se conecta al Facebook mañana le toca sesión de cotilleos.

-Muy bien Sam, se lo diré, ¡hasta mañana!

-Ciao tita, ciao...

No son cotilleos exactamente, sólo quiero hablar con alguien que no sea Jonathan, más que nada porque son cosas de chicas y por mucha confianza que tenga con él paso de hablarle de mis dolores menstruales y de mi amor hacia él...

Recojo la cocina, vacío el lavavajillas y tiendo la lavadora en las cuerdas que dan al patio interior del edificio, desde la cocina, y vuelvo al ordenador. Entro en el Twitter y tengo un mensaje directo. Es de Jon, me dice que tiene que contarme una cosa muy importante, que no me vaya después del partido, que le espere a que se duche y que de paso si quiero demos una vuelta.

Pues a saber qué historia le habrá pasado ahora. ¿Otra chica? Ha tenido varios rollos, porque no han llegado a ser relaciones, desde que somos tan amigos. La mayoría de las chicas se cansan de él, el pobre no es de los que les guste estar todo el santo día con una chica pegada a él como si fuese una lapa, diciéndole tonterías, pidiéndole cosas... No, es más serio de lo que parece. Para mí, que es el único chico maduro de nuestra edad. Si vamos, será por sus planes de futuro, hacer grandes partidos para que le suban al primer o el segundo equipo. Hay que decir que es un buen jugador, pero yo

creo que la mayoría de los jugadores que salen en la tele están más enchufados... Alguno que otro sube de la cantera, cómo Jon dice, pero sólo alguno que otro...

Actualizo el Facebook con una foto de la plaza de Sol, llevo tres días sin actualizar y aunque no me comenta nadie, me siento mal si no pongo nada. Escribo algo breve *“Buenoooo, el lunes ya sabremos si ha merecido hacer q estudiamos. Esta tarde partidito del Jon y mañana comidita con la family. Espero q tengáis un buen finde y sino ajo y agua people :) Besukisss!”*

Después respondo el mensaje directo de Jon en el Twitter, diciéndole que sí me apetece quedarme y dar un voltio, pero por el barrio, no ir al centro de la capital, que yo también tengo cosas que contarle.

Eso no es del todo cierto, no tengo nada nuevo que contarle, pero sí me gustaría hablar sobre mi hermano en persona con él, porque aunque por el Facebook me canse, cara a cara es distinto, me siento mucho mejor.

Sigo cotilleando por internet hasta que llega mi madre a casa.

En cuanto abro alguna página web de vídeos graciosos se me pasa el tiempo volando.

Es la una del mediodía aproximadamente cuando mi madre llega, y viene un poco enervada. Me dice que no ha encontrado nada, que en cada oferta piden mucha experiencia y juventud. Ella ya tiene 45 años, y aunque no es mayor, para trabajar siempre queda mejor alguien de menor edad, y lo comprendo. Pero no sé, en tiempos de crisis podrían mirar más por las familias que necesitan ese empleo que por si una chica joven y guapa dará mejor imagen. Bueno vale, una *“miss”* siempre es mejor que un ama de casa, qué se le va a hacer...

Para excepciones está el mundo.

Le comento lo de comer mañana con la tita y los demás, y recelosa,

me dice que vale, que iremos. Y lo de recelosa lo digo porque mi madre es de las que cuando tiene problemas prefiere guardárselos para sí misma y no compartirlos, porque no le gusta preocupar a los demás, pero cómo yo le he dicho en más de una ocasión “aprovéchate de la gente que se preocupa por ti, peor sería estar sola de verdad...” Cuando yo soy la primera que no hago caso de mis propios consejos pero es que, lo llevo en la sangre...

Comemos con tranquilidad, y mientras mi madre se echa la siesta yo me pongo a ver alguna serie online.

Cuando no sé qué hacer y necesito pensar en otra cosa me dedico a ver series sencillamente por tener la mente ocupada con otros problemas de menor importancia. Por reírme con sus gracias...

A las cuatro estoy cogiendo el metro.

El camino se me hace eterno, no es largo, apenas una hora. Un tiempo normal en la ciudad si vas a las afueras, pero no es el tiempo lo que me preocupa, puesto que sé que llegaré con tiempo de sobra, sino esa sensación que me sigue martirizando por dentro.

¡Quiero saber qué es!

Pero por más que pienso no se me ocurre nada, nada... Pero es que lo que menos te esperes es lo que te puede pasar.... Esa frase que me repite mi madre muchas veces, cada vez que me ve disgustada o triste, y no lo hace para levantarme el ánimo sino para hacerme ver la realidad y hacer que sea más observadora con mi entorno... Pero por mucho que quiera ver siempre algo oculto... Y es ese algo lo que me está desesperando. Tal vez sea lo que me tenga que decir Jonathan, a lo mejor ha pasado algo grave... No, porque si así fuese ni siquiera vendría a jugar el partido y ya me lo hubiese dicho... No sé, no sé, ¡no sé!

Llego a mi estación y salgo de la oscuridad del metro.

El sol hace que mi cabello rubio brille con intensidad y me vea

reflejada en el cristal de un coche.

Comienzo a caminar por las calles, y la sensación se incrementa. Pero me tranquilizo recordando que Jon está ahí, y que nada malo me puede pasar estando él conmigo.

Acelero el paso y mirando a todos lados entro por la primera puerta del campo que encuentro abierta.

Paseo hasta la cafetería, y entro a tomarme algo. Saludo a los camareros y pido un refresco. Salgo con la bebida en la mano y me siento en el banco que está debajo de la ventana de la cafetería. Observo cómo los equipos calientan ya en el campo, preparándose para el partido. Jonathan me ve y apenas me saluda. Se nota que está preocupado. Dios, otra vez las repeticiones de palabras, preocupado, preocupación, bah, me estoy cansando, ¡a ver si empieza todo a ir bien!

Un hombre alto, con la espalda ancha y una chaqueta negra, demasiado gruesa para la temperatura que tenemos, pasa delante de mí y me saluda con una simpática sonrisa. Se la devuelvo, y al hacerlo un calambre me recorre la espalda. Sigo observándole mientras se dirige a los aseos, al final del todo del edificio. No le conozco de nada, al menos su cara no me suena. Pero me ha saludado... Sería solamente por educación, en un campo de fútbol nos solemos conocer todos, así que a lo mejor él sí que me ha visto alguna vez por aquí...

El árbitro sale de los vestuarios y revisa las redes de las porterías, después le pide el balón con el que se jugará el partido y comprueba que está bien inflado y en buen estado. Eso lo veo una tontería, porque al final terminan jugando con otro balón distinto, porque no hay partido en el que no peguen un balonazo y la pelota se vaya al parking, a la carretera o arriba del edificio. Pero, el reglamento es el reglamento... Ojalá lo siguiesen igual de bien a la hora de pitar las faltas y sacar las tarjetas. Lo que tiene el fútbol, de

verdad... Se me pone una rabia por dentro recordando esos partidos que han perdido por culpa de unos árbitros comprados...

Me termino la bebida y me levanto para tirarla a la basura que está al lado del banquillo de Jon. De paso me quedo allí, apoyada en la barandilla, que aunque está la red, se ve muy bien el campo desde esa posición. Se van colocando todos en sus posiciones, y Jonathan, junto con Nando, se preparan en el centro para hacer el primer saque.

Ya lo veo todo como una rutina, el principio siempre es el mismo. Sólo cambia cuando el árbitro da el pitido inicial. Es una nueva historia que dura 90 minutos, y poco más. Aquí empieza y aquí termina, porque si se siguiese fuera de los campos terminarían a tortazo limpio, aunque no sería la primera vez ni la última.

El partido comienza. Suben, bajan, abren a banda, tocan con el centro, retroceden, les atacan, defienden, vuelven a subir, abren a banda, centran, Jon chuta y el portero hace su trabajo parando el balón.

Así todo el rato. Están igualados en nivel. Chutan y chutan pero no marca nadie. Finalizan la jugada y eso es lo importante. El gol está al caer.

Termina la primera parte. Voy al aseo mientras ambos equipos, en su respectivo banquillo, se sientan en un círculo para que el entrenador dé las últimas instrucciones antes de que siga el partido.

Entro al baño y veo una mancha roja en el espejo. Lo miro más de cerca y lo toco con el dedo índice derecho, es pintalabios. ¡Y yo pensando que podría ser sangre! Algunas veces está mente tan extraña que tengo me hace pensar cosas más raras...

Pero no he visto a ninguna mujer cerca. Y esta mañana no ha habido partidos porque los niños pequeños ya han terminado sus ligas, el de Jon es el primer partido de la tarde...

Me dejo de locuras y cierro la puerta.

Escucho como la puerta principal del aseo se cierra. Mi puerta no tiene cierre, con lo que con el pie la presiono por si alguien intenta abrirla. Pero no se escuchan más movimientos.

Por la ventana escucho las voces de los chicos.

Un nuevo calambre me vuelve a recorrer la espalda mientras estiro de la cadena.

Abro lentamente la puerta y ahí no hay nadie. Me lavo las manos y compruebo que no hay papel para secarme. Cojo del higiénico y me seco las manos. Lo tiro a la papelera de debajo del lavadero y veo una barra de pintalabios roja tirada en ella, no tiene el envoltorio de plástico duro que la envuelve, está suelta, como si fuese una pintura normal, pero tiene la típica forma en punta, por lo que no cabe duda de lo que es.

La cojo con el mismo papel que me he secado las manos y la observo. Está un poco achatada, seguramente de cuando se presionó contra el espejo.

Con un suspiro arrojo la barra de nuevo a la papelera mientras me digo a mí misma que aquí estoy segura, que no estoy en ningún callejón sin salida y tampoco en un gran espacio sola y encerrada.

Voy a abrir la puerta y ésta no se abre.

Cojo aire y con más fuerza consigo abrir la puerta.

Nada, un simple susto, cosas de la vida, tampoco hay que ser alarmista...

Recibo un mensaje al móvil, es Carmen, que me dice que mañana le lleve el juego de los Sims 2 para que se los vuelva a instalar que le ha entrado un virus y se le borró todo. La respondo, de camino a la barandilla, diciéndola que se lo voy a regalar, junto con las dos expansiones que tengo, porque yo hace tiempo que no juego. Enseguida recibo su respuesta dándome mil gracias y enviándome muchos besos y un te quiero.

Ella tan cariñosa y yo tan sosa. No, si he tenido que salir a mi padre,

porque hay que ser insensible para abandonar a tu familia a su suerte...

El árbitro pita de nuevo, pero esta vez están el número 10 y el 17 del otro equipo sacando en el centro.

El juego comienza rápido. Se nota que quieren marcar un gol para sentenciar de una vez el partido, aunque en el fútbol nunca puedes darte por vencido, un descuido y ya te han empatado, otro, y te quedas sin ningún punto para sumar en la clasificación...

Jonathan coge el balón en un despeje de la defensa nuestra, se regatea a un defensa, al otro le da un empujón y se cae, y al portero lo rebasa con una espléndida vaselina que surca los aires hasta que se estrella contra la red, produciendo ese sonido que tanto le gusta a mi amigo, el sonido del gol, el sonido de la victoria. Lo celebran y lo celebran. Pero el partido sigue.

Se me hace muy monótono. Se nota quién está en mejor forma física, porque los del otro equipo ya no aguantan más, se quedan atrás, esperando el ataque y no tienen fuerzas para pasar de medio campo. Me alegra saber que los cuatro entrenamientos a la semana de dos horas mínimo, más las horas de gimnasio que hacen algunos se nota.

Eso sí tiene que ser satisfactorio, ver como el tiempo empleado y el trabajo hecho da sus frutos. Me sonrío a mí misma viendo como Jon marca el segundo gol.

Ojalá le suban a uno de los grandes, llegue muy alto, y cumpla sus sueños...

Pero otro calambre recorre mi espalda, uno más fuerte que los anteriores, me giro enseguida, y veo al mismo hombre de la chaqueta negra, mirarme con fijeza desde el interior de la cafetería. Cuando detecta mi mirada me sonrío otra vez, pero ahora hay algo distinto... Algo oscuro en su mirada. Vuelvo a fijar mi mirada en el campo sin dejar atrás la sensación de que alguien, en concreto ese hombre, me puede atacar de repente por la

espalda. Ay mamá.... Nunca me había sentido tan... ¿acojonada? Uff, vocabulario juvenil, una ya no encuentra ni palabras decentes para usar... Así hago los exámenes en Lengua y Literatura, de put... De pena...

Me intento concentrar en el partido, pero no puedo evitar echar la mirada atrás, hacia la cafetería, pero el hombre ya no está. Intentando disimular, miro hacia todos lados, pero sigue sin aparecer. Ojalá se haya ido de verdad, que no esté observándome desde algún lado, escondido...

El pitido final me despierta, y fijo mi mirada en Jon.

La expresión de su rostro cambia en un momento, de la felicidad por la victoria, a una seriedad que me hace olvidar ipso facto al hombre de la chaqueta negra.

Pasa por mi lado y me dice que tardará lo menos posible en la ducha, que le espere por aquí cerca.

Me quedo sentada en el banco de la otra vez. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el borde de la ventana de la cafetería. Pero el descanso dura poco porque otro calambre, otro asqueroso calambre hace que abra los ojos de inmediato y vea una chaqueta negra en el escalón que sube a los aseos.

La curiosidad me pierde, por lo que me levanto, dejando sin darme cuenta el bolso en el banco, y me dirijo a los aseos. Me acerco muy despacio, mirando hacia atrás, comprobando que hay gente a mí alrededor.

Nando, el compañero de Jon, sale de los vestuarios, y como la pared que los separa de los campos es de cristal, me ve y me saluda. Le devuelvo el saludo con una sonrisa nerviosa y me termino de acercar al lugar en el que se encuentra la chaqueta. Antes de tocarla siquiera, me asomo por la puerta que da a los aseos. Ambos están a mi izquierda, y de frente, la puerta que da al pasillo de los vestuarios está abierta.

No hay nadie, ni en los aseos ni en el pasillo.

Salgo y compruebo, estupefacta, que la chaqueta ha desaparecido.

¡No puedo estar tan loca! No me jodas...

-Samantha...

Pego un bote y me giro muy rápido.

Pero es Jonathan el que viene por el pasillo de los vestuarios. Se ha duchado bastante rápido, y lleva puesto el uniforme de calle del equipo, de color rojo, y con el pantalón negro.

-Hey tío, ¿qué pasa? Me tienes preocupada...

-Sí, ehm, quería hablar contigo, sobre un asuntillo... Tiene que ver con Patricia...

-A ver, qué te ha dicho ahora...

-Pues ella nada Sam, sólo quiero decirte que... Bueno... Ayer empezamos a salir y...

-¡¿Qué?! Es una broma, tiene que serlo...

-A ver, ella y yo siempre nos hemos llevado bien, nos separamos porque os enfadasteis pero ayer me la encontré dando una vuelta por el pueblo, vino a ver a su amiga, y mira, empezamos a hablar y...

-No quiero saberlo, ¡cállate! ¡Cállate! -se escucha una puerta cerrarse y vemos como otro compañero, Felipe, el de nuestra clase, nos mira con cara de: “siento interrumpiros”, y se aleja.

-Por eso mismo temía contártelo...

-Claro, porque sabías que me jodería tener que compartirme con esa zorra...

-¿Compartirme? ¿Que ahora soy un objeto? Joder, no lo sabía...- intento decirle que no es un objeto pero me calla con un movimiento de manos y sigue hablando- Me da igual lo que digas, seguiremos siendo amigos porque me importas, y Patricia también, y si no te parece bien “compartirme”, me dejas en paz y punto.

-Eso es lo que tú quieres, ¡lo que siempre has querido! Deshacerte de

mí, y no sabías que excusa escoger y “chimpum” apareció la reina del pueblo y te robó el corazón, qué bonito...

-Mira, seguimos hablando por Facebook, así al menos no tengo que escucharte gritar, cuando llegues a casa dame un toque al móvil y me conecto...

-Oh, el móvil... Mira, no te muevas de aquí, voy a por el bolso, me lo he dejado en el banco, no te muevas porque no hemos terminado de hablar, ¿queda claro?

-Uff, sí señora, aquí te esperaré.

Le echo una última mirada de enfado y retomo el camino hacia el banco.

¡Con Patricia! No puedo evitar poner cara de asco y reprimir una arcada.

Señor, ¿qué he hecho para que me castigues así? Mira que no soy cristiana pero es que ya no sé ni a quién o qué coño quejarme... Vaya tela...

El bolso... ¡no está!

Me giro y miro el lugar en el que estaba la chaqueta negra. Sigue sin estar ahí... Pero al volver la mirada al banco, veo, por la puerta abierta que está enfrente de la de los vestuarios, la que da a la parte trasera de la cafetería, que dicha chaqueta, está allí, y mi bolso encima.

-No me jodas... No me jodas... -cojo aire...

Entro en el pasillo de los vestuarios, y veo a Jonathan apoyado en la puerta que da a los aseos, le silbo y le hago un gesto para que venga hacia mí. Refunfuñando veo cómo cambia de postura y viene en mi dirección.

Salgo al terreno y con una gran zancada llego al lugar donde está mi bolso, lo cojo y enseguida noto unas manos en mis hombros. Y algo negro me cubre los ojos...

-Jonathan, no estoy para jueguecitos...

-No soy Jonathan -una voz grave me deja helada.

Intento chillar, pero las manos se movieron de mis hombros a mi boca, y sólo puedo emitir un sonido ronco, que Jonathan no podría escuchar nunca...

Muevo con rapidez mis manos intentando zafarme de este hombre pero es demasiado fuerte. Noto un corte en mi muñeca y mi pulsera caer. Esta vez el calambre que siento no es solo de miedo o intriga, es de dolor.

Vuelvo a tener una arcada y empiezo a marearme, de forma muy rápida. Es entonces cuando me dan un golpe en la cabeza y enseguida pierdo el equilibrio, pero no la conciencia, lo que mi agresor pretendía. Empiezo a patallar en el aire, pero enseguida me depositan en suelo firme. Me atan las manos, mientras el vehículo arranca con un fuerte derrape.

Acto seguido, me atan los pies, sigo patallando y gimiendo, pero mi agresor me ha atado las cuerdas de forma salvajemente fuerte y sólo con el traqueteo del coche me duele, y eso que es un simple roce...

Muevo las manos, con frenesí... Pero comienzo a perder las fuerzas. ¿Qué me está pasando? ¡Es peor que una resaca! Intento chillar, pero también me han tapado la boca...

¿Por qué?

¡No lo entiendo!

¿Qué hice mal? ¿Por qué?

¡No lo entiendo! No...

Empiezo a llorar, sigo gimiendo, de dolor, de angustia, de miedo, mucho terror...

La sonrisa simpática del hombre cruza mi mente... Después su mirada oscura...

El pintalabios del aseo... Lo toqué... Estoy a punto de desmayarme, me cuesta mantenerme despierta, pero aun así sigo intentando moverme sin

cesar.

¡Los calambres!

La puñetera sensación, todo el día avisándome, ¡desde ayer! Y yo tan confiada, un sitio con gente...

¡Ja! Ni una guardia imperial sería capaz de protegerme, yo solita me lo busco...

Sigo moviendo las manos, la cabeza, al menos quiero ver luz...

Me aplastan la cabeza contra el suelo, hincándome el pendiente de la oreja derecha...

-O te callas y te estás quieta, o te meto una hostia que recordarás toda tu puta vida, niñaata.

Me quedo quieta al instante.

Niñata...

¿Cuándo maduramos?

¿No he tenido ya bastantes problemas para ello?

No, también me tienen que secuestrar...

¿Secuestrada? ¿Yo?

¡Secuestrada!

Comienzo a patallar, a mover las manos, la cabeza, a gemir lo más alto que puedo, prefiero que me de esa hostia, prefiero desmayarme, prefiero sentir un gran dolor y después nada...

Si me quieren matar...

Lo harán tarde o temprano...

Pero ese tiempo quiero pasarlo dormida...

Darme el golpe... Dármelo...

¡Darmeeeee!

¡Puuuuuum!

JONATHAN

El pitido final del partido me hace recordar que ahora tengo que decirle a Samantha lo de Patricia.

No sé cómo se lo tomará. Bueno, en verdad sí que lo sé.

Se enfadará, cabreará y me echará en cara cosas, como que Patricia es su ex mejor amiga, que es una cualquiera y cosas peores... Pero es que...

La gente piensa que somos novios, pero yo a Sam solamente la quiero como amiga, como una hermana, tampoco hemos tenido nunca ningún momento íntimo que me pudiera hacer pensar otra cosa, y ella, pasa de mí en ese aspecto, por lo que no veo qué hay de malo en que salga con otra chica...

Lo malo, es si esa chica es Patricia.

En fin, si no le gusta la decisión que he tomado, que se enfade y no me hable durante unos días, sé que terminará pasándosele y que cualquier día ya estará hablándome por el Messenger, queriendo recuperar el tiempo perdido. Así es Samantha, se enfada en el momento, dice y hace cosas sin pensar, y cuando al fin tiene la cabeza fría, piensa, y se da cuenta de sus errores e intenta enmendarlos.

La miro y le digo que tardaré lo menos posible en ducharme. Y eso intento.

Me ducho deprisa, lo máximo que puedo, pero son tres duchas para quince tños, las demás están rotas o sólo sale agua fría.

Bromeamos todos sobre el partido, me dan la enhorabuena por mi mejor gol, sin duda el primero.

Hacía tiempo que no marcaba dejando al portero con el orgullo por los suelos después de una vaselina tan magnífica. La verdad, me da pena

cuando ganamos, y más aún cuando demostramos ser superiores, porque los otros jugadores vienen con ganas de ganar, y más de un equipo juega solamente por diversión, y aunque lo intentan, una derrota así, tiene que doler.

Pero así es el fútbol, unos ganan, otros pierden, y a veces, empatamos, pero en general, nosotros ganamos.

Me pongo el uniforme de calle, me miro al espejo, me revuelvo el pelo y cojo la mochila.

Salgo del vestuario y veo a Samantha donde los baños.

Parece estar buscando algo, esta chica siempre con sus películas, a saber qué la pasa ahora. Se da la vuelta y la llamo para que no se vaya, ya que estoy aquí.

-Samantha...-la pobre pega un bote del susto y se gira para mirarme.

-Hey tío, ¿qué pasa? Me tienes preocupada...-ahora preocupada pero dentro de unos segundos no sé yo...

-Sí, ehm, quería hablar contigo, sobre un asuntillo... Tiene que ver con Patricia...

-A ver, qué te ha dicho ahora...-decirme...

-Pues ella nada Sam, sólo quiero decirte que... Bueno... Ayer empezamos a salir y...

-¡¿Qué?! Es una broma, tiene que serlo... -ya empezamos.

-A ver, ella y yo siempre nos hemos llevado bien, nos separamos porque os enfadasteis pero ayer me la encontré dando una vuelta por el pueblo, vino a ver a su amiga y mira, empezamos a hablar y...

-No quiero saberlo, ¡cállate! ¡Cállate! -se escucha una puerta al cerrarse y vemos como Felipe, el chico que se sienta a mi lado en clase nos mira asustado.

-Por eso mismo temía contártelo...

-Claro, porque sabías que me jodería tener que compartirme con esa zorra...-¿compartirme? Pero...

-¿Compartirme? ¿Que ahora soy un objeto? Joder, no lo sabía...- intenta decirme algo, pero la callo con un movimiento de manos y continúo hablando- Me da igual lo que digas, seguiremos siendo amigos porque me importas, y Patricia también, y si no te parece bien “compartirme”, me dejas en paz y punto- qué rabia.

-Eso es lo que tú quieres, ¡lo que siempre has querido! Deshacerte de mí, y no sabías qué excusa escoger y “chimpum”, apareció la reina del pueblo y te robó el corazón, qué bonito...-lo que me faltaba...

-Mira, seguimos hablando por Messenger, así al menos no tengo que escucharte gritar, cuando llegues a casa dame un toque al móvil y me conecto...-mejor dejarlo estar por un ratito.

-Oh, el móvil... Mira, no te muevas de aquí, voy a por el bolso, me lo he dejado en el banco, no te muevas porque no hemos terminado de hablar, ¿queda claro?

-Uff, sí señora, aquí te esperaré -nada, que tendremos que seguir hablando.

Se gira y sale de los aseos.

Yo me apoyo contra la puerta dispuesto a esperar.

Pasan unos segundos y escucho un silbido, me giro hacia el pasillo y es Samantha, que me dice que vaya para allá. Refunfuñando, me pongo en pie del todo y me encamino a paso lento, estoy reventado del partido, hacia la puerta principal.

Veo al entrenador del otro equipo salir del vestuario que les ha sido asignado y me da la enhorabuena por el partido, y me desea lo mejor para los partidos de este verano, diciéndome que tengo mucha calidad y que ojalá sepan verlo y valorarme como es debido.

Con el orgullo y el autoestima bien alto, me despido del entrenador, que sale fuera.

Yo miro hacia la otra puerta, la que está a mi derecha, justo enfrente de la principal, por si veo a Samantha, pero en vez de verla a ella, veo su bolso tirado en el suelo, al lado de una chaqueta negra.

Me extraño y salgo al terreno.

No veo a nadie, solamente a una furgoneta salir del terreno.

Llamo a Samantha mientras cojo el bolso y examino la chaqueta.

La dejo ahí tirada, a saber de quién es.

Con el bolso en la mano vuelvo a entrar donde los vestuarios y sigo llamándola. No hay señal de ella.

Abro el bolso y compruebo que está su teléfono móvil dentro. Vuelvo a la parte de los aseos a ver si es que se ha ido por la parte de atrás hacia allí y no la he visto. Pero nada.

Sigue sin haber rastro de ella.

Voy a la cafetería y pregunto si la vieron, pero nadie sabe nada de ella.

El camarero se preocupa y se pone a buscarla conmigo.

Yo me empiezo a desesperar cuando al cabo de diez minutos comprobamos que no está en los campos.

Salimos fuera y la chaqueta negra sigue allí.

Entonces, la imagen de un hombre sonriendo a Sam se me pasa por la cabeza...

Llevaba la misma chaqueta.

-Se la han llevado... ¡Se la han llevado!

-¿Qué dices Jonathan? - el camarero me mira con los ojos desorbitados.

-Esta chaqueta la llevaba un hombre que ha venido a ver el partido,

ha saludado a Samantha, pero que yo sepa ella no conoce a nadie así... Y ahora, Sammy no está... ¡Se la ha llevado! Ese tío se la ha llevado...

-¿Estás seguro? Pero... ¿Cómo? Espera...

-¿Qué pasa? -ya estoy sacando mi móvil para llamar a la policía.

-Ese hombre, creo que sé quién es, bueno, no quién es pero estuvo dentro del bar tomándose algo y también vi cómo miraba a Samantha... Dios santo... Se la ha llevado...

-Emergencias en qué puedo ayudarle -se escucha la voz de una mujer después de marcar el 112.

-Se ha llevado a mi amiga, un tipo muy raro ¡se la ha llevado!

-Por favor tranquilícese y cuénteme qué ha pasado.

-¡Sí lo supiese no estaría llamando! Iría a por ella...

-Por favor, dígame quién es usted y su amiga.

-Yo soy Jon, Jonathan Fernández, y ella es Samantha Rodríguez, es una chica normal, y... Y hace un momento estaba hablando con ella, cuando ha desaparecido.... Encontré su bolso, y una chaqueta negra, la que llevaba el tipo que se la llevó...

-De acuerdo Jonathan, dime dónde estás y enviaré a una patrulla de la Policía inmediatamente.

-¿Qué te dice? Jonathan...

-Espere Pablo, un momento...-no paro de moverme, estoy desquiciado-. Disculpe señorita, ehm, estamos en el campo de fútbol de Cotorruelo, en Carabanchel...

-¿Estamos? ¿Hay alguien más con usted? -miro a mi alrededor y entonces me doy cuenta que un grupo de gente, entre ellos compañeros míos y del otro equipo están pendientes de la conversación.

-Mi equipo, y el otro y también el camarero del bar y... ¿Van a venir ya? Podría estar aquí al lado y si no vienen... La furgoneta... ¡Una furgoneta

blanca!

-¿Vio un vehículo?

-Sí, sí, justo cuando fui al lugar en el que tenía que estar Sammy vi como una furgoneta salía del terreno... ¿Viene ya la policía o qué?

-Sí Jonathan, ya he dado el aviso, por favor, tranquilícese.

-¿Qué me tranquilice? - Pablo me hace señales, quiere hablar con la señorita.

Le paso el móvil y me pongo a caminar por todo el terreno, afanándome por buscar algo, algún indicio, lo que sea, algo para saber dónde puede estar.

Escucho cómo Pablo le cuenta que él vio al hombre entrar andando, pero que la furgoneta ha estado rondando aquí varios días.

También, parece ser, que la chica le dice que la policía ya va de camino y que se lo cuente a ellos, que ella no puede hacer nada más por ayudarnos.

Cojo el móvil de Samantha y llamo a su madre.

-Ah Sam, hija, ¿qué tal el partido?

-Señora Carolina...

-¿Jonathan? ¿Eres tú querido? Qué tal el partido...

-Samantha se ha ido, se la han llevado -se hace el silencio al otro lado de la línea- Hace veinte minutos que no se sabe dónde está...

-No... Samantha... ¿Dónde está?

-¡No lo sé! Señora, no lo sé... Ya hemos llamado a la policía...

-¿Policía? Pero... Samantha... -empieza a sollozar-. Samantha no...

Mi niña... Mi niña...

-Por favor, Carolina, venga de inmediato al campo, tiene que venir, tiene que...

-No... Samantha... -un golpe sordo se escucha al otro lado.

-¿Señora? ¡Señora Carolina! ¿Está ahí? ¡Dígame algo!

Al otro lado todo sigue en silencio.

Bajo el móvil de mi oreja y me quedo con el brazo sin fuerzas, a mi costado.

Miro alrededor, y ahora, todo se me echa encima.

Veo la realidad, de golpe todo, lo veo todo.... Y me temo lo peor.

A Pablo hablando con la otra camarera, explicando lo que ha pasado.

A mis compañeros corriendo hacia el campo, la policía ha llegado.

Los del otro equipo me miran, absortos en sus pensamientos, cuchicheando sobre lo que está sucediendo, preguntándose quién es esa tal Samantha.

Giro sobre mí mismo, y miro el lugar en el que vi salir la furgoneta. A toda prisa, huyendo del escenario del secuestro. La han secuestrado. Samantha...

Si hubiese sido más rápido...

¡Si no me hubiese quedado hablando con el otro entrenador! ¿De qué me sirve ser rápido en el campo si después no soy capaz de proteger a quienes me importan? ¿Por qué no me di cuenta de que algo malo estaba sucediendo? Samantha tenía mala cara, pensé que sería por lo de su madre y después por lo mío con Patricia, ¿pero y si ella intuía algo? Su intuición nunca falla.

Nunca.

Si yo fuese tan observador como ella... Tal vez... Samantha estaría aquí...

Miro al suelo, y veo su pulsera. Aquella pulsera de plata con estrellas entrelazadas que le regalé hace dos años por su cumpleaños. Está tirada en el suelo. En medio de la nada.

Me agacho para cogerla cuando escucho mi nombre, fuerte, a mis espaldas.

Dejo caer la pulsera a mi espalda.

Me giro y veo que dos guardias civiles se dirigen hacia mí, con paso firme, serios.

Todo me da vueltas. Esto no puede estar pasando. Puede que Samantha se haya... Ido sin avisar o...

Samantha se ha ido, se la han llevado, y ya no hay vuelta atrás.

-Señor Fernández, ¿podría decirme cómo supo que la señorita Rodríguez había desaparecido?

¿Tono acusador? ¿Es eso un tono acusador? ¿Usado en mi contra?

Pero, yo no he sido... Yo no he hecho nada. Por eso mismo ha sucedido esto. Porque no he hecho nada.

¡Nada!

Pero no consigo decirlo, tan solo pensarlo. Me quedo mirando al agente, en silencio.

-Por favor, acompáñenos, tiene derecho a guardar silencio...

-¡Él no ha sido! -escucho gritar a Pablo y le veo venir corriendo hacia donde estoy.

-Perdone, es la última persona que la vio, por lo tanto tiene que venir a declarar.

¿Declarar? ¿El qué? Que nos habíamos peleado y qué...

Oh no. Nos peleamos, discutimos, y ella de pronto, desaparece...

-¡Suélteme! Yo no he hecho nada, ¡nada!

-Eso ya lo veremos jovencito...

Vamos pasando por entre la gente, que se va separando dejando un pasillo para que pasemos.

Llegamos al coche policía, me agachan, agarrándome por la cabeza y me meten en el asiento trasero.

Veo a Pablo venir corriendo hacia el coche, defendiéndome. Gritando

y echándose encima de los policías que le retienen para que no continúe.

-¡Pablo! Carolina, se desmayó, ¡vayan a su casa!

La puerta se cierra. Todo el jaleo se convierte en un simple susurro. Un susurro que se confunde con mis pensamientos...

Lo último que veo antes de dejar caer mi cabeza hacia delante es a toda la gente mirándome. Unos, con expresión de sorpresa, otros de desprecio, algunos de preocupación...

Pero a ella no la veo...

Samantha... ¡Maldita sea!

Se la han llevado... Y piensan que he sido yo... ¿Pero están todos locos o qué? Soy su mejor amigo, su amigo de la infancia, ¡jamás la haría daño! Pero... Siempre dicen que hay que sospechar de los más allegados...

¡Están todos locos! Se les ha ido la cabeza. No pueden arrestarme, no he tenido tiempo de salvarla, como para tener tiempo de secuestrarla, ¡es absurdo!

Por favor... ¡Si hubiese sido yo se sabría! ¡Alguien habría visto algo! ¡Pero si yo estaba hablando con el entrenador! ¡Estaba hablando con el maldito entrenador!

No han pasado ni veinte minutos desde que Samantha no está aquí...

Yo no he sido...

Yo no la he hecho nada malo...

Yo no he hecho que se la llevarsen...

¿O sí?

Lunes 24 de Junio de 2013

Estos últimos dos días han sido terribles. Agotadores.

Lo normal, es que pasen veinticuatro horas antes de empezar la búsqueda de alguien que supuestamente desaparece.

Pero, con Samantha ha sido distinto.

Al momento, se llamó a emergencias, la policía intervino, y me vieron a mí.

Ahora, estoy en la cárcel, encerrado en el calabozo de la Guardia Civil, esperando para declarar, de nuevo, ante el juez.

Piensan que fui yo, que la hice algo y escondí su cadáver.

¡Imbéciles!

Tendría que ser un asesino en serie, un profesional, para poder hacer eso.

Pero encima se lo digo, y me toman menos en serio. ¡Como si estuviese loco!

Me tratan como a un crío loco que no hace más que mentir.

Creen que les estoy engañando, que les oculto algo.

Yo no paro de decirles que se equivocan de persona, que fue el hombre de la chaqueta negra.

Pero la cuestión, es que solamente han encontrado mis huellas en esa prenda de vestir, y también en la pulsera de Samantha, la cual tenía gotas de su sangre...

Todo en mi contra...

¡Todo!

Y por más que les digo que no fui yo, no me creen, y cada vez lo hacen menos.

Me presionan psicológicamente, porque piensan que así ¿qué? ¿Confesaré? ¿Un crimen que no he cometido?

Ya les conté que, en efecto, nos peleamos, una riña de nada, una

pequeña disputa.

Les conté todo lo que dijimos, absolutamente todo.

Llamaron a declarar a Patricia esta mañana.

Pero ella lo ha negado todo. Dijo que jamás saldría conmigo, porque a ella no le caigo bien...

Y todo, por zafarse de esta historia. Por no tener una mala reputación, siendo la novia del supuesto culpable de todo... Para que su popularidad siga en pie...

¡Joder!

Sammy tenía razón... Esa clase de persona van a por lo que van, solamente se preocupan de ellos mismos y de lo que los demás piensen sobre ellos...

¡Joder!

Y ahora, solamente me queda esperar, pero esperar ¿a qué?

¿A que Samantha aparezca, viva o muerta?

A que... ¿a que encuentren otras huellas desconocidas en el campo? Dios, tiene que haber miles de ellas...

O a que confíen en mí... Entonces me saldrían canas...

Se lo he dicho todo, pero por su parte solamente recibo una gran desconfianza, miradas intimidatorias y muchas, muchísimas preguntas... Incluso amenazas. ¿Y qué otra cosa recibir?

Creen que soy el malo de la historia y su deber es hacer justicia.

Escucho unos pasos y la puerta se abre. Dos guardias entran y mientras uno me pone las esposas el otro echa una mirada a la celda, por si hubiese algo fuera de lo normal.

Salimos al pasillo, pasamos por el resto de celdas, subimos, seguimos andando.

Me meten en una furgoneta blindada.

El paseo dura poco tiempo.

Ya cuando se disponen a abrir las puertas de la furgoneta, comienzo a escuchar voces afuera.

Esta vez el susurro se va convirtiendo en grito.

Se abren las puertas y la luz del sol me da de pleno en los ojos.

Las voces aumentan, y consigo entenderlas, casi preferiría no hacerlo.

-¡Asesino! -dice una mujer.

-¡Di dónde está cobarde, dilo! -se escucha a un hombre gritar.

-¡Cabrón de mierda! ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué te hizo mi hermana? -me sacan y veo a Kevin tras la barrera humana de policías y periodistas mirándome con ojos acusadores- ¿Cómo?

-¡Yo no he sido! ¡Inocente, soy inocente!

-¡Cabrón!

-¡Mentiroso!

-¡Hijo de puta!

Entramos en el edificio, la prensa nos sigue por todos los pasillos.

Los flashes de las cámaras, las preguntas de los periodistas y los policías diciéndome que no hable, porque será peor, y se podrá utilizar todo en mí contra.

El caos.

Me escoltan hasta el juzgado, y me sientan delante de los policías. Ellos sentados juntos delante de mí, al otro lado de la mesa, y yo solo en el sitio contiguo al suyo.

Miro alrededor y veo al abogado contratado por mis padres, y al fiscal que se encarga de la defensa de Samantha. Defensa de Samantha...

Me piden que les cuente todo desde el principio, me hacen jurar que diré la verdad y nada más que la verdad. Y eso es lo que les cuento, absolutamente toda la verdad.

Comienzo por el día anterior a su desaparición, cómo comencé a salir con Patricia, y aunque me miran con desdén, porque por descontado creen a la chica, yo sigo firme a mi historia ¡porque es la verdadera!

Y el mínimo error, cuando diga algo que ya no concuerde, por un pequeño fallo que cometa, ya empezarán a atacarme en vez de dejarme seguir contándolo todo.

Sigo con lo que hice por la mañana, después, cuando llego a la hora del partido, todos se acomodan en sus sillas y comienzan a tomar notas con más frecuencia.

El sudor me cae a chorros por la frente, por los brazos, la espalda.

No paro de frotarme las manos, también empapadas de sudor, de retorcerme los dedos unos contra otros, de mirarlos fijamente a los ojos mientras hablo, de uno en uno. Tampoco quiero que piensen que estoy nervioso por cobardía a contarles la no verdad, de estar mintiéndoles.

Cuento el partido resumido, tardo unos cinco minutos, relato el descanso con detalles, con quien hablo o creo haber hablado, tampoco presté atención ¡porque no pensé que tendría que contárselo a la policía!

Cuando llego al momento de la discusión sus ojos me escrutan, en busca de la mentira.

Repito cada palabra, una a una, de las que dijimos, tanto yo, como Samantha.

También les cuento mi conversación con el otro entrenador, por cierto, que yo sepa, él todavía no ha declarado, y es el que seguramente podría verificar mi historia y sacarme de todo este embrollo.

Cuando estoy contando cómo hablo con el camarero, un policía carraspea y me dice que comience desde el principio, que se lo cuente todo de nuevo.

Echo la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y suspiro.

Carraspeo para aclararme la voz y les vuelvo a mirar.

Comienzo, de nuevo, con la tarde que pasé por el pueblo, dando una vuelta con Felipe, el mismo que salió del vestuario y que vio cómo discutíamos Samantha y yo. Él sí que ha declarado, pero me ha defendido cuando le preguntaban si en algún momento usé violencia o dije amenazas, añadiendo que cuando se subió al coche y pasó por la puerta principal de los campos, vio a Samantha cerca del banco en el que supuestamente estaba su bolso. No decía en ningún momento que yo estuviese con ella ahí.

Es un punto a mi favor, pero como no tienen a nadie más al que culpar, aún no me dejan libre y me siguen apretando y apretando.

Pasan los minutos, ya hablo con voz ronca de tanto repetir lo mismo.

Esta vez me hacen preguntas a medida que hablo, sobre datos y detalles que he dicho anteriormente y que ahora se me han pasado por alto. Parece que respondo correctamente porque me dejan continuar hablando en todos los momentos. O a lo mejor me equivoco en alguna, cosa que dudo, y hacen como si nada para no despistarme en mi no mentira...

Noto como ya no pasan minutos, sino horas.

La tripa comienza a rugirme del hambre, ya no me queda sudor para expulsar, y las manos me escuecen de tanto frotármelas. Los ojos me pican de ni parpadear por la tensión... Y la espalda, por eso mismo, la maldita tensión que no me abandona ni un segundo, la tengo súper agarrotada.

Pero todo eso, no me importa.

Porque no puedo quitarme de la cabeza esa mirada, la última mirada de Samantha, con su ceja izquierda enarcada y su media sonrisa, de disgusto pero de ironía a la vez.

No puedo evitar derramar unas cuantas lágrimas durante la interrogación, pero es que, con que un lábil pensamiento de que Samantha, mi Sammy, pueda estar... Sin vida, me mata a mí también.

Después de relatar por tercera y espero, última vez toda la historia, comienzan a hacerme preguntas, salteadas, sin orden, sobre ella misma.

Pregunta tras pregunta.

Respuesta tras respuesta.

Buscan el fallo, lo sé, ¡lo sé! Pero no lo van a encontrar, ¡jamás!

En cuanto declare el otro entrenador y vean que no miento, en el momento en el que todos y cada una de las personas que sospechan aunque sea minuciosamente sobre mí vean que están equivocados, yo seré libre.

Y podré buscar a Samantha, ¡oh sí!

Salir y recorrer absolutamente todos los rincones de todo el mundo, ¡del universo!

Y la encontraré, ¡vamos si la encontraré!

Y viva...

Salimos del edificio y compruebo, como ya había pensado, que se ha hecho de noche.

Me vuelvo a encontrar rodeado de periodistas, de flashes y de muchas preguntas.

Grito un: “¡Soy inocente, y lo demostraré!”, y me encierran en la furgoneta de vuelta al calabozo.

Ya dentro del pasillo que lleva a mi celda, el silencio se encarga de todo.

Me quitan las esposas y me siento en la cama.

Tengo la comida preparada encima de la única mesa del lugar.

Como tranquilamente, soy inocente, por lo tanto, no tengo que estar preocupado por nada.

Cuando me detuvieron, llegué a pensar que fue todo culpa mía, ahora, lo sigo pensando, porque sé que si hubiese ido con Samantha a por su bolso en vez de esperarla como un tonto, ahora ella estaría aquí, o yo con ella, vete

a saber...

Apagan las luces de la celda justo en el momento en el que me tumbo en la cama dispuesto a dormir de una vez, llevo estas dos últimas noches sin pegar ojo, bueno, duermo apenas ratos de media hora cada uno, pero en todos termino despertándome debido a las pesadillas que tengo y a la angustia permanente.

Sólo el otro entrenador tiene que decir que estuvimos hablando, y todo se aclarará. Sólo eso, y nada más.

En mi cabeza recuerdo las palabras de Kevin en la entrada de los juzgados. “¿Cómo? ¿Cómo? ¿Qué te hizo mi hermana?”...

Puede estar seguro que nunca me hizo nada malo, nada de daño, por eso mismo yo no se lo haría a ella jamás... Pero ¿cómo va a creer eso si yo soy el único imputado en el caso?

Uff...

Cabrón, mentiroso, hijo de puta...

Fue la misma sensación que cuando arbitro los fines de semana en los partidos de los niños, y me equivoco al pitar una falta o un fuera de juego. La misma sensación sí, pero no la situación, y tampoco los mismos sentimientos...

Saber que les estoy diciendo la verdad, y que aun así nadie me cree...

¡Qué impotencia! Joder... ¿Qué haré?

Tengo que seguir diciendo la verdad, porque sé, sé que si cambio algo cederé bajo sus presiones y entonces creerán lo que en ese momento diga y no todo lo anterior...

¿Por eso habrán venido directamente a por mí? ¿Por ser amigo de Samantha? ¡Qué horror! Uff...

Mañana será otro día.

Y distinto, espero...

Martes 25 de Junio de 2013.

SAMANTHA

Levanto la cabeza paulatinamente...

Me pesa mucho...

Las manos me duelen, esas heridas causadas por los grilletes me duelen y me escuecen como si me las quemasen vivas... Las piernas las tengo entumecidas, ya ni puedo mover los dedos de los pies...

Miro hacia delante débilmente.

Veo esa gran puerta de metal ante mí.

Echo la mirada en rededor, y veo las paredes acolchadas, para que no pueda infligirme dolor a mí misma.

Vuelvo a mirar la puerta.

Estoy sentada en la pared de enfrente, con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas.

Me quitaron los grilletes esta mañana, cuando por fin me dieron de comer después de casi tres días en ayunas, mucha agua, pero comida...

Ya no puedo llorar, he agotado las lágrimas, y por eso, tengo las mejillas también entumecidas.

No tengo fuerzas ni para ponerme en pie.

Ni voz.

Pero no me hacen hablar.

Tampoco me pegan, ni me violan, ni se ríen de mí...

Sólo han pasado de mí durante dos días, hasta que esta mañana esa puerta, tan grande y brillante, se abrió por primera vez, desde que desperté en esta celda para locos, y entró un hombre, el de la chaqueta negra pero sin ella. Iba ataviado con un chándal completamente azul cielo, que destacaba sobre la pared blanca y la puerta en plata, y le daba un aire de ser superior.

Pero es un hijo de puta.

Eso es.

Echo la cabeza hacia atrás y la apoyo contra la blanda pared.

Me sorprende cuando noto que unas lágrimas nuevas salen de mis ojos y comienzan a vagar por mi rostro.

Me las seco con las manos, y éstas me vuelven a doler.

Las miro con cautela y con pavor.

Me froto las piernas, intento despertarlas, doy patadas al suelo con los pies dormidos, y enseguida un cosquilleo las recorre enteras, provocando que sienta algo distinto a la angustia, el miedo y la soledad durante un instante.

Me pongo en pie, apoyándome en la pared.

Recuesto mi espalda sobre ésta, me separo y estiro los brazos hacia arriba.

Me he cansado de estar sentada, de estar callada, de hacer lo que ellos quieren, que me rinda a sus pies.

Corro hacia la puerta y empiezo a golpearla con las manos y con los pies.

La empujo con todo mi cuerpo.

Pero no obtengo respuesta.

Ni siquiera un golpe, ni un grito pidiéndome que pare.

Nada.

Me dejo caer al suelo y apoyo mi espalda contra la puerta metálica, sintiendo el frío.

Dejo caer la cabeza entre mis piernas y las rodeo con mis brazos de nuevo.

-¿Qué queréis?- susurro entre dientes-. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué...?

Escucho como mueven el pestillo exterior, y abren lentamente la puerta. Me levanto de un salto y me coloco a la defensiva. El mismo hombre de siempre, el que me raptó, entra con las manos alzadas, indicándome que no me va a hacer daño.

-Samantha, tenemos que hablar. Tengo algo que proponerte.

-¿Me dejarás libre sino cuento quién me secuestro? -apenas lo consigo decir con un hilo de voz.

-Jajaja -¡se ríe! - No querida, eso jamás, porque nunca te separarás de mí, de nosotros...

-¿Vosotros?

-¿No pensarías de verdad que la furgoneta se conducía sola?

-¡No soy imbécil!

-Y por eso estás aquí Samantha, porque eres inteligente, a lo mejor no en los estudios, tus notas no son las adecuadas para pedir becas, pero tienes un gran cerebro, lo analizas todo, te quedas con los detalles enseguida y eres muy buena hablando y convenciendo a la gente...

-Me... ¿me espiasteis?

-Claro, sin duda alguna.

-¿Qué queréis? -me acercó a él moviendo con frenesi los brazos.

-Te queremos a ti.

-¿A mí? ¿Qué es lo que tengo para que me secuestréis? ¿Qué es lo que queréis que haga?

-Trabajar para nosotros -yo aquí nerviosísima y este tipo hablándome tan tranquilo-, ya te he dicho que posees un gran intelecto y nos serías de buen...

-¿Trabajar? Pero qué... ¿Cómo?

-Como espía, como asesina, como sicario...

-Jajaja -me sale una risa tan nerviosa que me asusto hasta a mí misma-

, ¿es una broma?

-No.

Me quedo paralizada al instante.

¿Asesina, sicario...?

¡Espía!

El hombre se acerca a mí y me tiende su mano derecha.

-Armando Noriega, encantado.

Doy un paso y le pego un puñetazo con mi derecha que le da en el pómulo izquierdo.

-¡Jamás! ¿Me oyes? Ya puedes matarme, pero ¡yo jamás mataré!

-Antes de matarte a ti, mataría a tu madre, Carolina, una mujer muy guapa...

-¡No! ¡No! ¡Cállate! –grito mientras me tapo los oídos con las manos.

-Cállate tú y escucha -le miro con los ojos entrecerrados, mientras Armando se frota la mejilla del puñetazo-, trabajarás para nosotros, porque si no lo haces, te quedarás huérfana y sin hermano. Así que no volverás a levantarme la mano a mí ni a ninguno de tus compañeros de trabajo, ¿queda claro? -da un paso adelante y se queda muy cerca mío, no me había dado cuenta antes de lo alto que es...

Miro hacia la izquierda, cierro los ojos y me los aprieto con las manos.

Mi familia... Yo...

-Sí -afirmo con voz ronca-, trabajaré para vosotros y no pegaré a nadie...

-Pero sí matarás si se te ordena -le vuelvo a mirar a los ojos-, ¿verdad?

-Sí -emito a través de un gruñido-, mataré, ¡asesinaré!

Se da la vuelta y se dispone a salir de la habitación.

-Espera, ¿adónde vas? –doy un paso, titubeante.

-Yo, a dormir querida, son las nueve de la noche.

-Pero, ¿y yo?

-Ah, ¿que no te gusta tu cuarto? Ningún problema, mañana tendrás otro nuevo. Hasta entonces.

Sale del cuarto y cierra con un portazo.

Vuelvo a escuchar el pestillo y después, el silencio me rodea.

Doy una patada a la pared acolchada y me dejo caer, arrastrando mis manos por ella hasta que mi cuerpo está totalmente en el suelo y mis manos tirando de mis pelos.

Lloro, sin parar. Sollozo.

Chillo de impotencia.

Río.

Para adquirir la novela y leer más, puede ir a:

Web oficial: www.airungarky.com

Y encontrará toda la información necesaria.

También podrá adquirirla si la busca directamente en Amazon.